

EL DIÁCONO SERVIDOR DE LA SOCIEDAD

a. Premisa

Al iniciar esta reflexión es necesario tener en cuenta que la Iglesia vive una doble situación: la realidad divina y la realidad humana. Así nos lo hace ver la *Gaudium et Spes* cuando afirma que la Iglesia es, por una parte, sacramento de salvación (G.S 45), es decir que Dios se revela libremente y por amor a toda la humanidad para ofrecerle la salvación, la liberación de toda opresión o esclavitud que doblega o destruye la dignidad de la persona.

Por otra parte, el mismo documento nos presenta a la Iglesia inserta en el mundo (G.S 1), en las realidades temporales, la cual camina con la humanidad al encuentro del Señor, sintiendo con todos los hombres sus alegrías y dolores, sus esperanzas y desesperanzas. Anunciándole la buena noticia del Evangelio.

Esta doble situación conlleva en consecuencia, que la Iglesia tenga en sus raíces más profundas la tarea de misionar, de tal manera que pueda hacer presente esta revelación de Dios y a su vez acompañe a todos los hombres de buena voluntad en su peregrinar por esta tierra hacia la vida eterna.

Por consiguiente, esta misión eclesial implica una triple dimensión teológica, que ha de ser tomada en cuenta en miras a la comprensión de las diversas tareas que Dios encomienda a sus discípulos.

En primer lugar, está el “**mandato misionero**”, el cual nos evoca ese llamado directo del Señor a sus Apóstoles de ir a evangelizar “*hasta los confines de la tierra*” (Mt 28, 10-20). La misión de llevar la buena nueva no tiene límites y se necesitan personas que quieran atravesar todos los confines para que la semilla del Reino se siembre y de salvación a la humanidad.

En segundo lugar, se encuentra la “**urgencia del anuncio**”, tal y como lo señala san Pablo en la carta a los Corintios: “*Ay de mí si no predicara el evangelio*” (1 Cor 9, 18). Esta tarea en manos del Apóstol no es una opción, es un deber porque el amor a Dios y a los hermanos apremia.

En tercer lugar, existe un objetivo de esta misión, el cual viene descrito en el constitución Lumen Gentium: “*Enviar predicadores hasta que las nuevas Iglesias estén plenamente formadas y ellas mismas puedan continuar la tarea evangelizadora*” (L.G 17). El enviado es llamado por Dios para que cultive la semilla que Él ha esparcido en el campo de su Iglesia, haciendo posible hombres y mujeres maduros en la fe, que a su vez se conviertan en testigos del Evangelio.

A propósito de esto, el Papa Pablo VI nos recordaba en la Evangelii Nuntiandi, que la Iglesia existe para evangelizar. Tarea que implica necesariamente el ir a todo lugar, ambiente o persona de buena voluntad que quiera acoger el anuncio de salvación. Pero no sólo a estos, también a los alejados y a quienes aún no han oído la voz del Señor. Por tal motivo, la Iglesia es por naturaleza misionera (A.G 2). Esta misión en estos tiempos de cambio de época, no corresponde únicamente como antiguamente era concebida “ad gentes”, fuera de.., sino que implica incluso dentro de la misma comunidad eclesial, la cual inmersa en el mundo vive constantes pruebas de frente a la secularización y al relativismo, generando descristianización y rupturas profundas entre el ser y el quehacer del cristiano.

Por tal motivo, ante esta realidad, la Iglesia representada en sus pastores, ha manifestado la necesidad del ir hasta los confines del mundo, para con clara urgencia anuncie el evangelio de Jesucristo y se inicie o madure en la fe a los creyentes.

b. Nueva evangelización

Es así como el sínodo de los obispos realizado el año pasado en la ciudad de Roma, nos recordaba la llamada que la Iglesia viene haciendo desde hace varios años, sobre la necesidad de gestar una nueva evangelización, la cual, según monseñor Rino Fisichella (Presidente del pontificio consejo para la promoción de la nueva evangelización), no puede ser entendida como una reevangelización, como si el evangelio antes anunciado no hubiera producido fruto o como si fuera simplemente volver a hacer lo mismo que se hizo ayer. La nueva evangelización a la que estamos llamados es a anunciar el evangelio, siempre nuevo y siempre actual, con nuevo entusiasmo, con lenguajes comprensibles en una situación cultural diferente, con nuevas metodologías capaces de transmitir el sentido profundo que permanece inalterado, pero principalmente con cristianos que en verdad hayan hecho la experiencia de encuentro con el Señor y sean parte activa de la vida eclesial.

Esta realidad de nueva evangelización implica de quienes tienen de manera particular la tarea de llevar la buena nueva a todos a través del ejercicio de su ministerio, una constante conversión personal y pastoral, esto significa que cada ser busque una mayor configuración con Cristo, siendo sal y luz para la sociedad. De tal manera, que esta experiencia de encuentro haga posible la convocatoria y acompañamiento a los demás hermanos y hermanas que van en busca o no, del Reino de Dios.

Por ello, hoy no caben los ministros que buscan a través del ministerio triunfos y glorias personales; personas que nos son coherentes con el mensaje y la opción de vida a la que han sido llamadas; asimismo, no tienen lugar quienes se aprovechan del ejercicio del ministerio para llevar una vida cómoda, mientras muchos hombres y mujeres viven el olvido, la discriminación, la persecución por la fe, la pobreza espiritual y material, entre muchas otras realidades. De ahí que sea necesario un examen de conciencia constante, para confrontarse con el evangelio y asumir los mismos sentimientos de Cristo, pobre, siervo y obediente.

Pero no basta una transformación personal, también es importante una conversión de las estructuras pastorales, eclesiales, porque existen realidades que ya no dicen nada a la nueva cultura que vivimos. Esto responde también a lo que el beato Juan Pablo II nos decía desde la Conferencia de Santo Domingo, hemos de gestar una nueva evangelización con nuevo ardor, nuevos métodos y nuevas expresiones.

En este contexto, vale la pena afirmar que el diácono permanente puede jugar un papel importante en esta tarea de la nueva evangelización y de transformación de las estructuras, por la doble realidad que vive en su persona, la realidad ministerial y secular. Este doble escenario le da una visión de conjunto que favorecerá llevar el evangelio a ambientes donde el obispo y el presbítero no pueden llegar por diversas circunstancias.

c. Identidad diaconal ad extra de la Iglesia

Su presencia en el mundo no puede darla por descontada, ni tampoco su tarea se puede quedar en un ambiente meramente clerical, encerrados, amurallados en los templos, porque hoy son muchos los que no van a estos lugares sagrados y el anuncio del evangelio queda reservado a un grupo exclusivo.

Es necesario perder el miedo a la búsqueda de nuevas estrategias, nuevas maneras de llevar el evangelio siempre nuevo y siempre actual a todos los rincones del mundo, como Jesús lo indicó a los apóstoles antes de ascender a los cielos (Mc 16,15-18). Este mandato del “ir” implica salir de la propia comodidad personal, de los propios esquemas, de la pastoral de conservación y de hacer lo mismo de siempre, para crear opciones que nos lleven a los alejados e indiferentes. “Ir” significa poner la propia tienda de campaña donde me necesitan, donde el Espíritu me conduce y no donde yo creo que soy necesario.

Junto a esto, es ineludible tener presente que esta tarea no será transmitir una idea ética, sino una experiencia, una persona, porque como nos lo afirmaba el Papa Benedicto XVI en su encíclica *Deus Caritas Est* (No.12): *“No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”*.

La trascendencia del diaconado para el presente y el próximo futuro está en hacer de su ministerio una presencia activa desde abajo, es decir desde las personas y ambientes, que como en época de Jesús, poco o nada significaban para la sociedad y que hoy sigue esta triste historia, algunas de ellas son: los pobres, los enfermos, los abandonados, los desplazados, las mujeres maltratadas y utilizadas para el comercio, los campesinos, los ancianos, los emigrantes, los discriminados, los indígenas, los niños y los jóvenes imbuidos en la tecnología, el vicio o el descuido de los mismos padres. Pero aquí no termina la lista, también muchos viven la pobreza desde un ámbito moral o espiritual, a quienes hay que llevarles también la buena nueva de la salvación.

Por consiguiente, el Espíritu Santo nos urge en estos tiempos a vivir una opción preferencial por los pobres, en solidaridad y compromiso con la vida de esos que sobran y son considerados desechables para esta sociedad consumista. No olvidemos que serán estos despreciados, pecadores y pequeños de ahora quienes serán nuestros futuros jueces como lo afirma el Señor en el evangelio de Mateo (Mt 25, 31-46).

d. Identidad diaconal ad intra de la Iglesia

Pero también es un servicio ad intra de la Iglesia, como desde sus orígenes fue concebido. Recordemos que a los inicios del cristianismo, el ministerio diaconal fue creado con fines específicos. En Hechos de los Apóstoles 6, 1-4 se nos muestran las razones concretas que los Apóstoles adujeron para su instauración:

- Aumento de los creyentes y cumplir con algunas tareas en la Iglesia.
- Las viudas no eran bien atendidas en la distribución diaria de los alimentos.
- Diakonein, servicio de la mesa.(Mt 27,55; 1 Cor 12,4; 16,15; L.G 8,3)
- Fl 1,1; Tm 3, 8-13

Posteriormente en la Iglesia naciente se fue consolidando su figura y se fortalecía su identidad desde el servicio a los más pobres. Así los atestiguan algunos documentos o padres de la Iglesia:

- Didaché (Διδαχή) cap. XV. “hombres dóciles, desprendidos, veraces y firmes”.
- San Justino, primero en mencionar el servicio concreto: “distribuyen el pan y el vino con agua a todos y a cada uno de los presentes. Lo llevan a los ausentes.
- “A los diáconos se les confía el servicio de Jesucristo (Ef 2,10).

Asimismo, es ineludible detenerse en la perspectiva de la importancia, necesidad e incidencia del diaconado permanente en la cultura y la vida de la Iglesia a futuro, en la espiritualidad propia de este ministro ordenado y hombre de familia.

La actitud básica del diácono debe esclarecer el hecho de que el camino cristiano no es un camino ascendente, de esplendor y gloria, sino un camino hacia abajo (Fil 2,6-11), de servicio, especialmente a los más pobres, de atención a los ambientes de periferia, y esto implica que el ministro no se quede en el centro del poder, sino en el lugar de la impotencia. En el lugar donde exige más imaginación y creatividad cristiana, para llevar el evangelio; donde se corre mayor riesgo; donde más necesaria sea la actividad profética para sacudir la inercia que viven algunas comunidades cristianas y que se han ido petrificando o donde hay que denunciar con claridad el pecado.

Por lo tanto, la actitud fundamental del diácono pertenece a la concientización de las personas necesitadas, enfermas o excluidas, para ofrecer liberación, crear confianza, para levantar a las personas.

El mismo Jesús nos da un ejemplo claro de ello a través del relato de la Suegra de Pedro (Mt 8,14.ss), en el cual se desarrolla el siguiente proceso de liberación. La mujer:

1. Yace enferma.
2. Jesús la ve y la concientiza, la reconoce por lo que es.
3. Jesús se inclina, sin palabras, la toma de la mano y la levanta.
4. Ella se alza, está de nuevo de pie.
5. Ella gesta un movimiento, se lanza al servicio. Diakonía inmediatamente.

Por consiguiente, así como Jesús hace nueva a la persona y le da un nuevo horizonte, de igual manera el diácono tienen un campo de acción muy amplio para acercarse a los que necesitan esta concientización y liberación por medio de la escucha, de la evangelización, del acompañamiento, de la misericordia, de la caridad. De tal forma, que visto el diaconado desde esta perspectiva, podemos afirmar que el diaconado no es simplemente para ofrecer ayuda, sino para crear nuevas posibilidades de vida.

Por ello, su espiritualidad ha de fundarse en el ser un hombre del servicio, a ejemplo de Cristo. Testigo del evangelio con su vida y con sus palabras en medio del mundo secularizado, incidiendo por medio del anuncio del evangelio y del estar solícito a las necesidades de los más pobres y de las nuevas realidades pastorales que ofrece el mundo actual.

A propósito de esto, el Papa Benedicto XVI en *Deus Caritas Est*, (No33), nos recordaba:

“Por lo que se refiere a los colaboradores que desempeñan en la práctica el servicio de la caridad en la Iglesia..., no han de inspirarse en los esquemas que pretenden mejorar el mundo siguiendo una ideología, sino dejarse guiar por la fe que actúa por el amor (cf. Ga 5, 6). Han de ser, pues, personas movidas ante todo por el amor de Cristo, personas cuyo corazón ha sido conquistado por Cristo con su amor, despertando en ellos el amor al prójimo. El criterio inspirador de su actuación debería ser lo que se dice en la Segunda carta a los Corintios: « Nos apremia el amor de Cristo » (5, 14)...., El colaborador de toda organización caritativa católica

quiere trabajar con la Iglesia y, por tanto, con el Obispo, con el fin de que el amor de Dios se difunda en el mundo. Por su participación en el servicio de amor de la Iglesia, desea ser testigo de Dios y de Cristo y, precisamente por eso, hacer el bien a los hombres gratuitamente. Asimismo, ha de procurar en sus espacios familiares y sociales, ser constructor de un mundo más humano. Profeta, que anuncia la fe sobre la cultura. Difusor del evangelio en las nuevas realidades y fronteras sociales. Constructor de la cultura del hombre caído. Empeñado para que los bienes de la cultura lleguen a todos sin discriminación”.

Según esto, ante todo el diácono no es un productor de servicios, es un gestor y transmisor del amor que él mismo ha experimentado en su encuentro diario y profundo con el Señor, como fuente de su vida, su fe y su vocación. Este amor lo siente y alimenta también a través de su vida familiar, de su relación con su esposa y con los hijos, donde se hace visible también el amor de Dios Padre. Asimismo, este amor se fortalece en una sólida espiritualidad, de la vivencia y celebración de los sacramentos y en la acción a favor del prójimo.

e. Acciones en las nuevas periferias.

Si ponemos nuestra mirada en la Constitución *Gaudium et Spes* contemplamos otras llamadas que hacen referencia al actuar a favor del prójimo y que iluminan la identidad, la espiritualidad y la misión del diácono permanente, como servidor de la sociedad en el hoy y el mañana.

El diácono como servidor de la sociedad tiene la gran tarea de concientizar a las personas sobre el respeto no sólo de los derechos, sino también de los deberes en relación al mundo y a los otros. Asimismo, ha de ser un dialogante entre fe y cultura, entre fe y ciencia. (G.S 57-62; R.M 52). Cooperador en procesos de postconflicto o realidades difíciles del país o de la ciudad. Servidor en la nueva evangelización a través de los diversos planes pastorales de cada diócesis y utilizando las nuevas metodologías para llevar el mensaje a todos de forma eficaz y clara. Fomentar la unidad y la comunión con el obispo, los sacerdotes, la vida consagrada y los fieles cristianos, para que su presencia y ministerio sea creíble e imagen de Cristo humilde y siervo.

Esto le implica que su presencia trascienda, como se ha dicho una y otra vez, del ambiente parroquial, se requiere que salga y navegue por nuevos mares e intervenga con su voz y su presencia en los nuevos retos pastorales que vive la Iglesia hoy.

Pero no sólo se debe pensar que él es el autor de todas estas obras de evangelización, sino que también tiene una gran posibilidad de ganar, formar, acompañar y promover colaboradores en las respectivas comunidades, para que con otros fieles cristianos susciten acciones concretas en pro de los otros.

De esta manera, el diácono como servidor a ejemplo de Cristo ha de reconocer en cada momento de su ministerio que ha sido llamado por amor de Dios para ofrecerle su salvación, pero a la vez para enviarlo a comunicar esta misma obra salvadora a los hermanos por medio del anuncio del evangelio, haciendo presencia en todos los confines de la tierra.

De acuerdo a esto, hoy se reconocen nuevas tareas y posturas del diácono permanente en medio de la Iglesia y de la sociedad, exigidas por esta nueva realidad que vive el hombre moderno y por los cambios de época que vive el mundo entero. Por lo tanto, para dar respuesta a la llamada que Dios hace y a las nuevas necesidades es importante preguntarse seriamente sobre: **La transcendencia de la diaconía para el futuro de la fe en el contexto de la cultura actual.** En otras palabras **¿Cómo debería el diácono entender su servicio en la Iglesia del porvenir?**

P. Juan Álvaro Zapata Torres.
Dir. Dpto. Ministerios Ordenados
Conferencia Episcopal de Colombia